

no obstante, ser guerrero. No fué un capitán audaz, no tuvo la inspiración genial de los campos de batalla como Aníbal. Fué, más bien, un organizador, un político genial, un plasmador de razas a quien le faltó lugar y tiempo para desarrollar todo el significado de su acción. Fué un héroe en el sentido nietzscheano que vivió en persistente intensidad de tragedia. No tuvo, como el guerrero, la impaciencia de los golpes certeros y súbitos; pero tuvo, en cambio, la tenacidad del constructor inteligente y la concepción genial de suplir con su voluntad esos elementos que sólo da el tiempo en la plasmación de un pueblo. "Comme tous les grands politiques, Atila n'aimait pas la guerre. Elle lui paraissait un moyen brutal et facile, celui auquel les rois sans génie ont recours... Il avait un grand mépris pour les hommes qui ne pensent qu'à tuer ou à faire tuer".

Por esta caracterización intrínseca de Atila, de constructor y organizador de pueblos, vemos cómo las raíces de su personalidad fincan en el conglomerado amorfo de su raza. Primero es una ambición inmensa que le hace soñar con la dominación del mundo, la que le inspira el trabajo de unificar su raza, de librarla del soborno de un imperio en decadencia; después, los golpes, los descalabros, el choque con las legiones romanas en los campos Catalaúnicos, le hacen ver la inferioridad de sus fuerzas, la desorganización militar de sus tropas, la movilidad nómada de sus hordas que se rompen al chocar contra ese ídolo périmée: el Imperio; y entonces con paciencia genial, con tenacidad asiática, concibe un proyecto que sólo pueden hacerlo los inmortales: organizar un pueblo, educarlo, "civilizarlo" para poderlo enfrentar con éxito contra una civilización. Atila murió y su pueblo, falto de esa fuerza coercitiva, se dispersó como la brizna.

Sin embargo, Atila no puso en peligro la civilización romana ni la cultura de la latinidad. A Atila le faltaba algo indispensable en la organiza-

ción de un pueblo: la levadura de una religión, de una fe en un destino colocado más allá de la propia personalidad. Por eso se disgregó como una fuerza sin objeto, como un aluvión impelido por un cataclismo y lo más que logró su raza, fué dejar ese elemento sutil que aún persiste en la cultura de Occidente, y ese elemento asiático que supervive en todas las manifestaciones del espíritu y que se deja sentir hasta en las Sinfonías de Beethoven y en los Aforismos de Nietzsche.

J. Eugenio GARRO.

André Coeroy. | PANORAMA DE LA
MUSIQUE CONTEMPORAINE. |
Editions Kra. | París, 1928.

Bajo el "signo de lo nacional" se inicia el libro—tan nutrido en juicios certeros, tan vigorosamente concebido tan claramente trazado—de André Coeroy. La música ya no es el lenguaje internacional que se creyera antes. El alma de la raza le da estilo. Un Fauré, músico puro, nunca será completamente comprendido en el extranjero; no habla sino la lengua musical de su país. A Bruckner y a Wolf los comprenden mejor en Austria o en Alemania que en Francia. Stravinski—que domina toda la música contemporánea,—se alimenta de arte popular. Partiendo de este principio estudia Coeroy la música de hoy. Estudio sobrio y robusto; pensamiento potente y original. Los rusos y los checos; los españoles y los italianos; los ingleses y los alemanes; la música judía; la escuela francesa; los portugueses y los sudamericanos; con qué inteligencia, con qué penetrante y serena lucidez los juzga Coeroy.

Debussy, el precursor, se enfrenta a Wagner; el sueño de "Pelleas y de Melisarde", se opone al torrente genial de la "Tetralogía". ¿Quién vencerá, el genio latino-voluptuoso y aristocrático, o el grandioso espíritu